



LA SILLA DE FERNANDO

Luis Alegre y David Trueba, 2006

Fernando Fernán-Gómez tendría ochenta u ochenta y un años cuando accedió a responder ante las cámaras a las preguntas de dos cineastas, Luis Alegre y David Trueba, admiradores confesos del entrevistado. El documento resultante sólo recoge una pequeña parte de las veinte horas de conversación grabadas a lo largo de once sesiones en la casa de campo de Fernán-Gómez y Emma Cohen. El film, sumamente modesto, tardó varios años en ser exhibido. Lo que sigue sólo es un extracto. Los comentarios en cursiva son míos.

Créditos / Recitado de anuncios

0:00:01

Fernando Fernán-Gómez subió por última vez a un escenario en 1992. Fue en el Teatro Poliorama, de Barcelona, a petición de Mario Gas. En aquel Recital de Otoño, Fernán-Gómez parodió una sección de anuncios por palabras. El documento de Alegre/Trueba se inicia con una selección de esos anuncios grabada por un videoaficionado.

- Necesito estufa de gas regalada... si no les hace falta.
- Busco mujer hasta 40 años. Guapa, bonita figura, alegre, incomprensible. Para amistad. No soy atractivo, pero tengo mucho tiempo libre.
- Sin prisas, visitamos. Sin prisas, fantasía. Sin prisas, día y noche. Sin prisas, con VISA.
- Vendo tres juegos de cuna, 1500 pesetas. Sin estrenar.
- ¡Farol época de los nazis! Vendo 3000 pesetas.
- Necesito 82 millones de pesetas. Asunto rentable. Formalidad.
- Vendo un cuadro al óleo. Sin estrenar.
- Atención. Señor particular compraría tres cuadros antiguos. Que se entiendan. Uno religioso y dos diferentes.
- Cambio perra cocker por máquina de escribir eléctrica.
- Compró alfombras, porcelanas; compró abanicos, menudencias; compró bastones, bronces; compró libros, bargueños, vitrinas; compró relojes, motos, trajes; compró encendedores, mantones de Manila, lámparas; compró tebeos, avionetas, pipas, joyas, fincas... ¡Compró todo!

Leyenda

0:03:10

Leyenda: "Fernando Fernán Gómez nació el 28 de agosto de 1921 en Lima (Perú), durante una gira de su madre, la actriz Carola Fernán-Gómez, con la compañía teatral María Guerrero-Fernando Díaz de Mendoza. Cualquiera puede apreciar sus decisivas aportaciones como actor, escritor y director de cine. Sin embargo, sólo unos pocos privilegiados conocen hasta qué punto Fernando, sentado en una silla, es capaz de convertir una charla en algo más que una charla. Esta película aspira a que esos privilegiados no sean tan pocos."

Buen conversador

0:06:00

Esto ha sido muy tardíamente cuando he empezado a notar que se decía de mí. Y a veces, con sorpresa, he pensado: “Es curioso. Estoy en esta reunión donde se comentan estas dotes que tengo yo para hablar y no me dejan hablar porque están todos hablando a gritos y nadie se interesa por nada que yo pueda decir”. Como también he notado, sobre todo en mi trato con mujeres, que me dicen: “Tú eres muy inteligente. Por eso me gusta mucho hablar contigo”. Entonces hemos empezado a hablar y a cada momento que yo he dicho una cosa me han llevado la contraria. Y yo decía: “¿Pero cómo es posible? Yo soy muy inteligente, esta señorita no lo es, y si yo digo: “Los edificios más bonitos son los de cinco pisos”, ella en seguida dice: “No señor, son los de diez”.

Primer fracaso como cantante

0:06:00

Lo que cantaban en todas partes era una canción que se llamaba *La canastera*: “Yo soy la canastera de Capuchinos, alegran mis cantares la tierra mía...” Y no sé cómo seguía. Esta canción fue uno de mis fracasos como cantante. En el colegio de los Maristas nos hicieron unas pruebas para el coro. Nos llevaron a una habitación con un piano. Nada más entrar allí a mí me entró un miedo, una vergüenza, una cosa espantosa. Y entonces el cura le fue diciendo a cada niño que cantara una canción religiosa, cosas de estas que todavía siguen existiendo. Los niños la iban cantando y el cura decía cuál valía para el coro y cuál no valía. Cuando a mí me tocó, yo dije: “Yo no sé cantar nada. -Algo sabrás, lo que canten en tu casa. ¿No has oído a la criada? -Sí. -Pues canta lo que cantara la criada. -Yo soy la canastera...” No hice más que empezar y dijo el cura: “Éste no”, y quedé estigmatizado para siempre.

Hijo de madre soltera

0:07:35

Lo que pesaba más sobre mí era el hecho de no tener padre porque mi abuela me lo contó muy claramente. Mi madre quería, cuando yo tenía cinco o seis años, decirme que mi padre estaba lejos, o que había muerto en un accidente, pero en cuanto mi madre se descuidó, mi abuela me cogió a mí cuando tenía seis años o siete y me contó lo que era el asunto. Debí de ser muy difícil de entender para mí, supongo, pero sí quedó entonces muy claro para mí esta condición, este estigma que he dicho antes, de hijo de madre soltera, de hijo natural.

El padre esquivo

0:08:18

Mi padre trabajaba en un teatro, en Madrid. En ese teatro también trabajaba de meritorio o de último de la compañía mi amigo de toda la vida Manuel Alexandre y yo iba a ver a mi amigo, pero me movía mucha curiosidad el ver al señor que me habían dicho: “Ése es tu padre”. Aparte de que ya mi abuela antes me había llevado a un teatro en el que trabajaba mi padre para decirme: “Mira, es aquel de allí”. Esta curiosidad quedó satisfecha cuando le vi ya siendo yo mayor. Tenía 16 o 17 años cuando le vi en el teatro, pero en el saloncillo, en el pasillo, y me decepcionó porque era más bajito de lo que yo esperaba, tenía tripita, estaba un poco calvo. Pero lo que no sentí fue ninguna emoción rara, ninguna cosa especial,

nada sublime ni para bien ni para mal (...) Sí me debió ver, puesto que me mandó recado por un intermediario de que no apareciera más por el teatro porque daba lugar a equívocos extraños.

La Guerra Civil

0:10:15

Hasta la Guerra Civil, mi adolescencia, y durante la Guerra Civil y al terminar la Guerra Civil, yo era de derechas. Yo me creía de derechas y estaba deseando el triunfo de la derecha porque lo otro me parecía una barbaridad. Yo tenía la creencia, no la de mi madre, porque mi madre era monárquica, y a mí, que gobernar los países fuera una cosa hereditaria, no me entraba en la cabeza. Pero, desde luego, sí veía claro que siendo de izquierdas se era pobre y siendo de derechas se era rico, y yo quería ser señorito rico. Pero todo esto se me acabó en la posguerra. Ya siendo muy joven, teniendo 16 años, yo creí que la guerra la había ganado la injusticia, que la guerra la habían ganado los partidarios de la desigualdad, que la guerra la habían ganado los ricos contra los pobres. Yo creí todas esas cosas por lo que vi a mi alrededor.

[Aquí parece incurrir en una confusión de fechas. Dice que al terminar la contienda era de derechas, pero que con 16 años ya consideraba injusto al bando nacional. Si nació en 1921, a los 16 estaba en plena guerra.]

Antes de la Guerra Civil, a mí me parece que todas las personas normales estaban convencidas de que iba a haber una revolución. Excepto el Gobierno, que luego se publicó que le cogió desprevenido, el resto de la gente que podía conocer, mis compañeros de colegio o mis vecinos, todos sabíamos que estaba ya produciéndose la revolución y que había ocupaciones de los campos en Andalucía y que de un momento a otro iba a estallar una rebelión militar financiada por los ricos para contener esta revolución. Yo tenía un compañero de colegio, que su padre era militar, y yo le saludaba por las mañanas diciendo: “¿Qué? ¿Cuándo se subleva tu padre?”

Los bombardeos

0:12:45

Quizá el primer día que bombardearon Madrid fue justo el 28 de agosto, que es cuando mi cumpleaños. Recuerdo que estaba en casa de visita mi tío, un hermano de mi madre que iba casi a diario, y cuando sonó ese ruido tan raro que oíamos por primera vez, él fue quien dijo: “Esto es una bomba de la aviación. Y entonces yo, que era un joven aventurero, me tuve que ir a cagar. Entonces me di cuenta de que yo no era un aventurero precisamente.

La función terminaba a las nueve. Se salía del teatro y lo mismo los cómicos que el público iba al metro. No había coches ni taxis, se iba al metro. Entonces, se hacía siempre el último acto más deprisa de lo que habría sido lo natural. ¿Para llegar antes de que cerraran el metro? ¡No! Para llegar antes de que cayera la bomba, porque se sabía que a las nueve bombardeaban en la puerta de cinco o seis teatros de los de Madrid. Mi madre trabajaba en el Teatro Alcázar el metro está allí en la esquina, pues ahí caían un día sí y otro no.

Fin de la guerra

0:14:22

[*Al terminar la guerra*] Lo que tenía era la sensación de que Madrid era una ciudad cercada y, por lo tanto, yo era un individuo cercado, y que a partir de ese momento ya no lo era. Entonces hice una especie de celebración particular de ese momento, que es empezar a andar. Empezar a andar, andar, andar y no pararme, y llegué a salir de Madrid, claro. Llegué al pueblo de Leganés y seguí andando, andando, y mi sorpresa, mi sensación maravillosa de inauguración del mundo, era que se podía seguir andando.

Yo tenía escasísimo dinero en aquel momento, como todo el mundo en Madrid, pero las cosas eran baratísimas también y no recuerdo en cual de los dos o tres pueblos a los que llegué había una tienda de comestibles abierta. Debía ser de la zona nacional porque si no, no habría nada en la tienda esta. Y recuerdo que allí compré una botella de coñac y me volví con ella a Madrid, al teatro donde sabía que mi madre trabajaba y que estaba ensayando en aquel momento. Llegué a decirle: "Vengo de la liberación. Vengo del mundo", y les invité a esta botella de coñac, que tenía fama de ser el peor. Si no, tampoco habría llegado mi dinero para comprarlo.

Franco

0:17:01

Todos los libros de Historia consisten en decir que los libros anteriores de Historia eran falsos. Entonces, yo ya tenía esta prevención. Por tanto, respecto a una glorificación o todo lo contrario de la figura del general Franco, en aquel momento no sentía ninguna de las dos cosas. Mucho más adelante, pasados diez, veinte, treinta años, el juicio que yo he podido tener del general Franco sí ha sido totalmente adverso. Me ha parecido un hombre que ha ido sólo a lo suyo, una especie de capitán de fortuna, de capitán de bandoleros. Yo no sé si cuando se comete un asesinato y eso está autorizado en una determinada ley este hombre ya no es un asesino, pero yo no puedo olvidar que firmó penas de muerte quince días antes de morirse él, cuando estaba en la agonía y cuando casi el pulso no le dejaba firmar. O sea, para mí es ahora una figura funesta de la Historia de España. Y creo simplemente que por una razón muy elemental: me parece que es un hombre que iba a lo suyo, a dejar muy enriquecida a su familia, a ganar muchísimo dinero y que por ahí están, creo, las cuentas de los miles de millones que ha dejado de herencias. A mí, en este aspecto, me cae muy mal. Pero este es el juicio que yo puedo tener del general Franco ahora. Si me preguntas el que tenía entonces, pues no lo tenía formado.

Inquietudes de adolescencia

0:18:55

Esto es una cosa que, como me la preguntas, sale a relucir, pero a mí lo que me afectaba entonces es que yo me encontraba demasiado flaco, y que además no era guapo al nivel de guapeza, que yo notaba que les gustaba a las chicas. Porque mi problema más importante entonces, que los años que tenía eran 17, era que me fuera fácil a mí conseguir las muchachas que me gustaban, y yo veía que una de las cosas para conseguirlas era ser guapo y fuerte. O una de las dos cosas. Éste era en realidad mi problema, no si el corporativismo era un sistema político más bien justo o si Franco era un canalla o era un ser angelical.

Mis problemas fundamentales entonces eran dos: la economía (el único camino que yo veía fácil era que yo consiguiera colocarme de una manera brillante en este oficio de actor) y este otro de cómo solucionar mi angustia sexual.

La miseria

0:20:40

Era una época miserable, sobre todo comparada con la impresión que tuve en cuanto salí, por un lado a Italia y por otro lado a Francia. Y lo que no sé es si tiene culpable esto. Desde luego, si tiene culpable, para mí, ahora que ya se cumple el periplo de mi vida, lo que siento es una gran abominación hacia ese culpable.

Ya de recién casado, y con mi hijo y con mi hija, lo que pasábamos era verdaderas angustias para alimentar a este hijo y a esta hija porque no eran fáciles de encontrar los productos recomendados. Yo recuerdo haber pasado noches dando vueltas y vueltas por Madrid en un taxi, que también era difícilísimo de encontrar. La primera palabra que aprendió a pronunciar mi hijo Fernando no fue mamá, ni papá, ni padre, ni Dios: fue taxi, de las veces que nos oía a María Dolores y a mí decir “¡Taxi, taxi!”, porque era la excursión que hacíamos con el niño para encontrar un producto, que se debe seguir utilizando, que se llamaba Pelargón que era el alimento, entonces, más recomendado para los niños recién nacidos y que era difícilísimo de encontrar. No hay que olvidar que era la época del estraperlo. Entonces, las familias que tenían joyas, pero pocas, se [les] acabaron en comprar los productos de estraperlo...

Lo que no comprendo es por qué estamos perdiendo el tiempo en recordar esa época puesto que se acabó, puesto que ahora es tan lejana, de casi hace un siglo. Es que es muy difícil transmitir esta idea ahora que se vive en esta sociedad tan cómoda en que estamos. Es que entonces había que ser torero. Si no se era torero, no se era nadie. A mí me parecía que en el cine había que ser Rafael Durán o Antonio Casal o Alfredo Mayo. Y luego resultaba que ser Rafael Durán duraba tres años. Entonces, lo que se notaba era una absoluta necesidad de ser importante. Pero no porque a uno le gustara ser importante, sino porque era absolutamente necesario. Había los importantes. Y lo demás, como oí decir a una señora de la aristocracia, era chusma.

El cine español

0:25:40

En España tenemos, según la opinión de muchos entendidos, el mejor director de cine del mundo, que es Buñuel. Y la verdad es que lo pudo hacer gracias a que no tuvo ocasión de hacerlo aquí. Buñuel debe tener una obra escasa, veinte o treinta películas. Aquí no hizo más que dos y las que no firmó antes de la guerra. Desde luego, es como para pensar que algo raro ocurre aquí. A mí me lo preguntaba un taxista una vez [*iraní*] “¿Usted podría decirme por qué un país con una cultura tan rica como la española tiene un cine tan pobre?” Y mi respuesta fue: “Pues mire usted, eso mismo nos preguntamos nosotros”. Lo que es curioso es que llevamos bastante tiempo insistiendo en hacer cine y no conseguimos, no ya unas obras excepcionales, sino un standard y un público standard también.

Marlene Dietrich

0:27:57

[*Cuando vi Fatalidad, de Marlene Dietrich, en el cine Barceló*] Yo me quedé enamorado de esta mujer. Yo debía de tener entonces diez u once años, y este amor me duró para siempre. A mí me ha parecido, de ninguna manera la mejor actriz del cine y tampoco la más bella, pero lo que sí era para mí era la más atractiva. En aquella edad, con la ingenuidad que se puede tener a esos años, creí que cuando yo fuera mayor encontraría varias mujeres como ésta, pero incluso en el comportamiento, una mujer que enredara a los hombres, que fuera mala, que careciera de prejuicios, que pudiera arruinarle a uno si era rico o llevarle a que le fusilaran si era soldado. Esto lo conservé durante muchísimo tiempo como mi ideal femenino, pero no lo encontré. Mujeres más hermosas sí he encontrado, pero suficientemente malvadas, como era mi ideal, eso no lo encontré. He encontrado mujeres bondadosas casi siempre.

Yo pensaba: “cuando sea mayor encontraré muchas mujeres de éstas”. Y decía, un poco en broma: “que me destruyan”. Ya siendo muy mayor, debía tener más de cuarenta años, le contaba esto a una señorita con la que salía, como se dice ahora, y entonces ella, después de un silencio, me cogió la mano con mucha ternura y me dijo: “Ay, Fernando. A ti no se te puede destruir. Tú ya estás destruido”. Me dio una lección de bastante amargura, pero como muy respetable porque me pareció que esta señorita era como muy inteligente. No ya por haber comprendido la situación, sino por haber elaborado esa frase, que estaba muy bien.

Noctámbulo

0:31:12

¡Ah, sí! Eso era una bobada. Era Hi, que es lo mejor que hay; Riscal, que no está mal; Fontoria, que es la gloria; Pasapoga, que está muy en boga; Morocco, que no está mal tampoco... La vida nocturna consistía en ir al cine. Los cafés tenían el inconveniente de que cerraban a las dos de la madrugada. Entonces, a la salida del cine hubo una época en que era costumbre ir corriendo al Café Gijón. Pero a las dos menos cuarto empezaban a echarnos. Luego había un local, muy conocido en la época, el Riscal, la terraza del Riscal y el sótano de Riscal, que tenía la obligación de cerrar a la misma hora, a las dos, pero tenían tolerancia. Como iban cerrando despacio, podías estar hasta las dos y media o las tres.

Esto de que había que cerrar a las dos, por caprichos de aquel régimen, era sólo en Madrid ciudad, pero había unos locales en las afueras que el permiso que tenían ya era hasta las tres. Solían estar por Arturo Soria o por ahí. Y el que quería, todavía podía seguir este tipo de vida en las gasolineras. Al cerrar todos estos sitios, alguien muy listo dijo: “Bueno, pero hay un local que no puede cerrar nunca, que es el bar del aeropuerto, porque como llegan vuelos nocturnos...” Y todos los que éramos más noctámbulos, durante una temporada que no debió durar ni un mes, nos trasladamos al bar del aeropuerto. [Allí] no había ni un alma, pero el bar se llenaba con treinta o cuarenta personas de las cuales seis, siete, ocho o nueve, eran chicas de alterne. Dos o tres podían ser artistas, chicas también, de las que cantaban y bailaban en estos sitios, y los otros, casi todos estaban, o estábamos, borrachos. Y entonces, el vuelo que llegaba a las cinco de la mañana del extranjero, lo que se encontraba era Barajas absolutamente desierto y en el bar unos enloquecidos dando gritos, saltando, cantando flamenco... Y, claro, se cerró el

bar del aeropuerto. Siempre había subterfugios para ver cómo los noctámbulos, de una manera casi ilegal, podíamos prolongar este rato hasta las claritas del día.

Ava Gardner

0:35:33

En casa de Lola Flores sólo estuve una vez. Estaban Lola, Ava Gardner, Frank Sinatra, Luis Miguel Dominguín, y yo y dos o tres invitados más. [Le pedí] a Frank Sinatra que cantase *San Louis blue* y se marchó de bastante mal humor. Lo único que recuerdo es que ocurrió una cosa, que luego me dijeron que ocurría casi siempre, que de pronto Ava dijo que había perdido un pendiente, y entonces tuvimos que ponernos todos a buscar un pendiente allí por el suelo y ya con esto se acabó la diversión (...) La vez esa que estuvimos en casa de Lola Flores, al ver mi insistencia en mirarla y en acercarme, me dijo unas cosas en inglés que, como yo no sabía inglés, no entendí, y entonces un señor me dijo: “Le ha dicho que si tiene usted ganas de joder, ahí tiene a mi mujer que siempre está dispuesta”, y yo le dije: “Bueno, muchas gracias”, y nada más.

La mujer ideal

0:38:10

Una vez, una señorita de alterne o una clienta habitual, no sé, en Riscal creo que fue, muy tiernamente se me acercó, me acarició la cabeza y me dijo: “Fernando, la mujer que tú buscas no la vas a encontrar en estos sitios”. Me conmovió la señorita al hacerme esa reflexión. Otra vez, otra señorita de éstas, también se acercó a mí. Esto era en Nochevieja y me dijo con otras palabras casi lo mismo: “Fernando, que en el nuevo año encuentres la mujer que tú buscas”. O sea, que una cosa que yo ignoraba, estas mujeres sí lo sabían. A mí me descubrieron que a lo que iba yo a esos sitios era a buscar una determinada mujer a la que no conocía. Pienso que tenían razón.

Me preguntó una vez García Nieto, el poeta, tan amigo mío: “Fernando, ¿pero tú todas las noches vas a estos sitios?” Y le dije: “Sí, todas las noches”. Y dijo: “¿Y por qué? ¿Qué encuentras tú a esto?” Y yo le dije: “Pero bueno, ¿a estas horas hay un sitio mejor que éste donde se pueda estar?” Porque a las tres de la madrugada estar en un sitio rodeado de señores que van a ligar, de chicas que son bellísimas, donde se puede beber, donde se puede tomar unos pinchos, donde tocan la música, donde se baila a las tres de la madrugada, ¿es mejor estar en casa habiendo eso? Esta reflexión le hacía yo a García Nieto, pero luego, esta otra reflexión que me hicieron las dos mujeres, me hizo pensar que yo estaba equivocado, que yo no sabía por qué me pasaba las noches en esos sitios y que a lo mejor sí era el buscar a esta mujer ideal en los sitios equivocados.

Mujer bella / mujer culta

0:42:50

Yo me he enamorado siempre simplemente [de todas las] que fueran guapas, que estuvieran bien, y si había tres o cuatro yo me enamoraba siempre de la más guapa. Me han caído mal siempre las mujeres que no eran muy bellas pero, en cambio, eran simpatiquísimas (...) ¿Qué cultura? ¿Pero cómo me va a gustar una mujer por culta? [Perplejo] No, vamos, atraerme, no... Me parece como inverosímil. Me puede gustar por culta para maestra, que me enseñe Filosofía Medieval o algo así, pero lo otro... Es que no tiene relación.

Los playboys

0:44:35

Por mucho que aprenda un hombre poco dotado para el atractivo amoroso, para el atractivo sexual, por mucho que aprenda, de ninguna manera podrá igualar a uno de éstos. A mí esto me lo explicó una señorita con la que yo estaba intentando salir. Era una mujer bellísima que había encontrado en el rodaje de una película y ella llevó la conversación al terreno que realmente la debía haber llevado yo. Me explicó claramente, "Mira, Fernando, no te esfuerces. Yo ya sé lo que tú pretendes pero a mí esto no me interesa. Porque a mí los únicos hombres que me gustan son los playboys". Y me explicó claramente que es que los playboys, aparte de ser casi todos muy guapos, muy jóvenes, estar muy bien situados en sociedad, es que se preocupaban única y exclusivamente de las mujeres y de gustar a las mujeres y de agradar a las mujeres. Y me dijo: "Mientras que a vosotros, a los demás, se nota que siempre estáis pensando en otra cosa". Y comprendí que esta mujer tenía razón. Claro, el playboy era un ser, no digo ya nacido, pero un tipo formado para este tipo de amor, para agradar a las mujeres, y a esta mujer maravillosa no le gustaban más que los playboys.

La amistad y el amor

0:46:30

Yo creo que puede existir perfectamente una amistad entre un hombre y una mujer, siempre que ese hombre no sea yo. Porque yo no he podido nunca. He visto que había cerca de mí mujeres que me sentían como amigo y que eran amigas mías, pero siempre que no estuviéramos solos. Yo no he sabido nunca tener amistad, lo que se llama puramente amistad, con las mujeres. Pero creo que es un sentimiento muy lógico y que sí existe y que hay hombres y mujeres que sí pueden tenerlo.

La Patria

0:47:45

Yo recuerdo haber oído en televisión a mi admiradísimo Gila que él no era patriota y que él sí sabía que el patriotismo era un invento de las clases poderosas para que las clases inferiores defendieran los intereses de los poderosos. Cuando le oí decir eso yo me quedé espantado y mi admiración por él creció muchísimo. Con esto quiero decir que yo, que nací en Lima, a España, evidentemente, le tengo amor, un tipo de amor que es imposible que le tenga a Letonia. Si alguien me dice algo malo de España, yo me siento ofendido. Pero de España conozco poquísimo, apenas debo conocer unos treinta o cuarenta lugares de los muchísimos que tiene. De esos otros que no conozco, a mí me parece un poco gratuito decir que les amo, como decir que les odio. Si yo dijera, por ejemplo: "Amo a Lugo" o "Odio a Lugo", me parecería raro porque ni siquiera me acuerdo de si he estado en Lugo.

La envidia y el desprecio

0:49:30

El español, cuando cree que envidia, no envidia, porque el que envidia es que quiere hacer aquello que ha hecho ese señor. O sea, quiere escribir, por ejemplo, las mil doscientas páginas que tiene *El Quijote*, y lo que nosotros llamamos un envidioso es un señor que dice: "*El Quijote* no es para tanto como dicen, porque he leído veinte o treinta páginas y no le he visto nada". Eso no es envidia: eso es

desprecio. Y el desprecio sí veo yo que es un sentimiento muy extendido en la sociedad española. Desprecio hacia el que no vale nada es natural, pero aquí es que es desprecio incluso a la excelencia. Yo creo que el pecado, por llamarlo de alguna manera, que más puede definir al común de los españoles es el desprecio.

Maniqueo

0:51:12

Yo soy maniqueo. Lo advierto porque es que, si no, no se entienden algunas de las cosas que digo. Yo sé que el maniqueísmo está mal. Yo sé que el creer que la vida consiste, sobre todo, en la lucha del bien con el mal y que hay unos que son buenos y otros que son malos, y que ésta es la raíz de todo lo que sucede, que pensar esto está mal, porque eso es maniqueísmo, y que lo que no es la teoría de Mani sino la teoría de Jesús de Nazaret, es la contraria, que es que todos somos buenos y que, en el fondo, todos tenemos bondad. Entendidas estas dos cosas, yo soy maniqueo. Yo creo que el eje de la vida, lo que estamos todos padeciendo, es la lucha del bien contra el mal, y que hay unas personas que son buenas, que son aquellas que practican más que nada el bien, y otras que son malas, que son aquellas que practican más que nada el mal, o que no se detienen ante el momento en que puedan obrar mal. Estos son malos. Y los que ante el momento en que pueden obrar mal se detienen, estos son buenos. Yo creo esta ingenuidad de que esto es así. Y lo que no sé de ninguna manera es por qué estoy explicando esto ahora.

Los curas

0:52:50

Hay una especie de apólogo oriental muy bonito. Es algo así como un chico que se va de aventuras y el padre le da, como única defensa, un anillo mágico, y le dice: "Este anillo no te lo quites nunca más que en el caso de que ocurra una desgracia extrema de la que veas que no te puedes defender de ninguna manera". Y cuando llega la situación extrema, el hombre se quita el anillo y simplemente tiene grabado por dentro una frase que es: "Esto también pasará". Digamos que ésta es la receta del optimista. Y la otra, la del pesimista, es la de la religión que, por desgracia, nos ha tocado a nosotros. Es lo mismo pero al revés: cuando estés muy contento, coge el anillo, y el anillo dice: "Esto también se acabará". Y te vuelves a quedar triste, que es lo que le conviene al clero, tal como está establecida la religión. La clientela la tiene que buscar entre los pecadores porque de lo que vive es de perdonar los pecados, de lavar la culpa. Entonces, claro, el que no tenga sentimiento de culpabilidad no se acerca al confesionario. Si no necesita ese sacramento de la penitencia, tampoco necesita muchos curas y si no va a la iglesia no echa en el cepillo y así hasta llegar a la subvención del Estado.

Todos los curas son polígamos. O digamos de otra manera: ningún cura es monógamo. Los curas son unos señores que pecan y que pecan en nuestros pecados de sexualidad, de lujuria, y que se confiesan y que después de una penitencia se les perdona. ¿O es que tu creías que los curas se atrevían a confesar y a darnos consejos y que se le va a caer la pililla y todo eso sin tener la más pequeña experiencia? No, hombre, no. Los curas son unos señores que cometen un pecado. que el pecado es más grave en ellos que en los demás, pero que saben lo que es la relación sexual, que saben lo que es la lujuria, que saben lo que es la lascivia, que saben que los lujuriosos se van al infierno en una proporción infinitamente superior a los avarientos, luego saben estas cosas. [Entrevistador: Me

parece que quieren probar un poco de todo para saber de qué están confesando.] No, no lo hacen por eso. Lo hacen porque es natural hacerlo. No es porque digan: “Ay, me voy a sacrificar y voy a probar mañana, a ver, voy a ir a los teatros a coger la vedette mejor...” No, no es eso. Es porque el impulso suyo humano los lleva a hacer eso, que ellos saben que es pecado, y cometen este pecado, y después, como han cometido pecado, recurren al sacramento de la penitencia y se confiesan y ya está. Es una cosa que, como yo no he sido cura, no sé, pero pienso yo que esto es así. Porque una cosa tan fundamental y tan fundamentalista como la religión no puede andar dando cambios, dando bandazos con arreglo a lo que está sucediendo en la vida real, no puede ser tan pragmática. Bueno, ya piden perdón por Galileo, pero claro no se puede enseñar la trampa tan frecuentemente de tener que estar pidiendo perdón cuatrocientos años después de una cosa y trescientos años después de otra. Entonces, es natural que ellos sigan aferrándose y digan: “Ya que hemos dicho esto, los niños que no se la casquen. Vamos a conservar algo de lo que les hemos dicho”.

El whisky

0:57:50

Yo empecé a beber whisky desde que un amigo mío mayor que yo, al verme pedir una ginebra, me dijo: “Pero si tú ahora ganas mucho dinero en el cine. Si eres rico ya, ¿por qué bebes ginebra en vez de whisky?” Y entonces este amigo me explicó que se bebía con arreglo a los ingresos de uno, que los verdaderamente ricos bebían champán de la mejor calidad y los verdaderamente pobres bebían sólo tinto corriente. Que como yo había ascendido un peldaño de la escala social ya debía beber whisky. Y entonces, como yo le consideraba mi orientador, mi guía en esta vida, pues empecé a beber whisky. Esto debía ser a los veintitantos años... no, treinta pasados. Yo, habitualmente, bebía tres, cuatro whiskys por la noche, más lo que hubiera bebido durante el día, pero yo no me enteré de que esto era ser un borracho hasta muchos años después, cuando eché la cuenta y dije: “Pero si es que yo me parece que me emborrachaba todas las noches”. Pero esto ya es una cosa que no la practico hace tiempo sencillamente porque, por prescripción facultativa, no debo beber más que un vaso de whisky a la semana.

Yo notaba un placer en el beber en sí, no porque venciera mi timidez. La prueba está en que también podía notar esta satisfacción estando solo. Estaba mejor solo en casa, oyendo un disco y con dos vasos de whisky, que solo, oyendo el disco y sin el whisky. Pero lo notaba como una diferencia radical. Esto lo respondí hace infinidad de años en una entrevista, que me preguntaban: “¿Qué es lo que le produce más satisfacción le produce en la vida?” Y recuerdo que la respuesta mía era muy lacónica: “Infaliblemente, sólo el alcohol”. En esto ya incluía que incluso el éxito y las ovaciones del público, incluso que me subieran el sueldo, en cuanto a satisfacción me daba más el alcohol que eso.

La timidez

1:01:20

Debía tener yo quince años, dieciséis, cuando ya había leído, y casi estudiado, el libro, muy famoso entre tímidos, que se llama *La timidez vencida*, de un señor que se llama Jagot, que uno era *La timidez vencida*, el otro *Cómo hacerse rico*, el otro *Cómo cobrar agilidad si es usted paralítico*. Y yo, claro, me leí aquello e incluso lo estudié y sabía unas tonterías fabulosas. Sabía que, al llegar a una reunión, antes había que respirar profundamente.

En el teatro, en el escenario, la timidez no es ningún inconveniente. Precisamente, un tímido eso [salir en el teatro, en el cine] sí lo puede hacer, porque la reacción de timidez le sobreviene porque no sabe cuál va a ser la respuesta a su acto. Entonces, si yo cojo una señorita por la cintura para darle un beso... ¡ni pensarlo! Pero en el teatro, si yo hago de un señor que, de repente, coge a una señora por la cintura para besarla, yo ya sé que ella aceptará el beso. O también sé que, si me va a rechazar, es mentira, que es que está en el texto. Y también sé que los testigos, aquellos doscientos o aquellos siete espectadores que hay no se van a manifestar de ninguna manera respecto a mí ni a favor ni en contra por lo que he hecho.

Yo soy un tímido con mal carácter... No, no. Cuando yo estoy mostrando mi timidez en un sitio no es el momento en el que estoy diciendo: "¡Señor, váyase a la mierda!" No ahí ya es lo contrario de la timidez. Ahí es cuando no he tenido miedo a mostrar mi auténtico carácter... No, al contrario. He procurado que se sepa para que me dieran menos la lata. En una determinada época, yo ya, cuando vi que empezaba a tener fama de antipático, yo dije: "No, a mí me conviene cultivar esta antipatía en vista de lo pesados que suelen ser casi todas las gentes que me rodean. Sobre todo respecto a nosotros, los que tenemos una profesión de las que se entiende que son brillantes, cierto grado de antipatía creo que es conveniente.

Luis Lucia

1:05:50

[*El director de cine iracundo en 'El viaje a ninguna parte'*] Al que más se parecía de los que yo había conocido, era a Luis Lucia. Pero Lucia no era así exclusivamente como director de cine, era su comportamiento en general. Un día, al terminar el rodaje, me dijo: "Oye, Fernando, ¿me acompañas?, que quiero ir a un bar porque es que tengo ganas de pegar a alguien". Y mi gran sorpresa es que llegamos a un bar de lujo, de gente muy importante, nos pusimos en la barra y pegó al señor de al lado. Primero le empujó un poco con el hombro, a un señor mayor, el hombre se volvió: "¿Qué pasa?", y éste le dijo las tonterías esas que se dicen siempre, "Pues nada, ¿qué le he hecho a usted?" Le agarró y le dio un puñetazo en toda la cara y ya nos separaron, nos fuimos y no me dio ninguna justificación, simplemente me dijo: "Ya te he dicho que hoy tenía ganas de...". O sea, era éste su carácter. Por tanto, cuando vi esto, yo pasé a pensar que durante los rodajes lo que estaba es muy contenido, porque en los rodajes de las películas que yo he hecho con él no le he visto pegar a nadie.

El lujo

1:08:49

En lo que sí me siento desde hace muchísimos años decepcionado es que he tenido la sensación de haber triunfado y que, sin embargo, eso de ninguna manera me ha servido para tener una vida de lujo. Yo lo que quería era el lujo, porque el lujo comprendo yo que es una estupidez, que es algo despreciable, que es casi cursi, pero a mí me gusta. Y entonces me preguntan: "¿Y qué es el lujo? ¿Tener alfombras y tapices?" Y digo: "Eso, eso, y que estuviéramos aquí todos los que estamos ahora más tres criados, dos doncellas, un señor, que fueran filipinos o polacos, eso da lo mismo, pero que hubiera eso. Y tener las atenciones completamente cubiertas. Yo ahora estoy medio bueno, medio malo, he tenido un arrechucho, y claro, pienso a veces: "¿Y no sería mejor que yo tuviera un enfermero

o una enfermera constantemente en casa?” Para mí el lujo es no pensarlo, sino decir: “Estoy medio malo, que llamen a un enfermero. -Es que no tiene casita. -Que le hagan una casita, que viva ahí”. Y poder hacer viajes, pero de capricho y de una manera supercómoda, y que las bebidas siempre fueran las de veinte años. Y esto no lo he conseguido. Eso es lo único que me noto absolutamente frustrado.

Mala conciencia civil

1:10:30

Mala conciencia yo sí la tengo en una medida bastante pequeña de no haber llevado un comportamiento civil acorde con lo que puedo llamar mis ideas políticas, más o menos revolucionarias, más o menos libertarias. Las cuento al que me las pregunta, pero no ejerzo nada, no me he sumado a ningún movimiento nunca para salvar del hambre a los que tienen hambre, no he visitado a presos, me he desentendido del todo de los amigos míos que sí pueden tener una ideología y que han sido en cierto momento más activos. Puedo tener una sombra de mala conciencia en ese sentido. Sombra nada más.

Los libros no leídos

1:11:20

yo veo mi escasa biblioteca y digo: “Uy, ése, y ése, y ése, y ése no los he leído”. Y cuando están aquí es porque quería leerlos, porque un día los adquirí lleno de entusiasmo. Sí me he hecho una observación de ya calculando los años que pueden quedarme de vida y calculando los libros que hay aquí, no digamos los que hay fuera de aquí, digo: “Ya, de muchos de estos tengo que despedirme”. Y los veo y digo: “Mira, lo siento, pero a ti no te podré leer”. Entonces, contando esto mismo, alguien me dijo: “Tiene una reflexión sobre eso muy bonita Borges, que es que se despide con tristeza de los libros que ya nunca podrá releer”. Y yo digo, modestamente: “Eso es lo que nos diferencia a los de verdad de a otro como yo”.

La vejez

1:13:31

Si pudiera haber una vejez en la que no hubiera ningún deterioro físico, en la que no estuviera unida la vejez a la enfermedad, yo creo que sería muchísimo más llevadera, sobre todo por gente de determinado carácter como es el mío, que si tengo una especial resignación para privarme de otros placeres y que no los echo demasiado de menos, como podía ser este del alcohol o lo que llaman ahora en los periódicos, que a mí me divierte tanto, las relaciones sentimentales. Yo comprendo que un señor de mi edad no podría tener ahora cinco relaciones sentimentales o cinco relaciones táctiles. En fin, hay que prescindir de esto. Pero a mí lo que me molesta más de la vejez es que he podido ver que es una edad más propicia a las enfermedades, sobre todo a las más o menos incurables. Esto de que yo tenga una ligera artrosis en la rodilla y que me es dificultoso levantarme y sentarme, esto es, en realidad, lo que más me fastidia de la vejez. Luego, otra enfermedad que tengo, que también es levísima, que es una cosa que se llama rinitis. Consiste en que yo, al comer, los movimientos de los maxilares producen que se me caiga el moco. Entonces, claro, no puedo asistir a comidas protocolarias. Por ejemplo, ahora, que por un error de alguien soy miembro de la Real Academia de la Lengua, cuando el acto es una comida, yo me tengo que excusar. Estas cosas son las que a mí, de la vejez, me pueden resultar incómodas.

La fe
1:15:50

Lo que está muy acendrado en uno es el carácter el temperamento de uno, que a unos les empuja a ser lo que se llama creyentes. Yo debo ser descreído porque tengo la sensación de que no me voy a encontrar cuando me muera con ninguno de mis amigos muertos. Y esto es lo que me produce el llanto cuando desaparecen. [Entrevistador: ¿A ti te encantaría ser creyente?] ¡Hombre, claro! Según en lo que haya que creer. Si hay que creer en el paraíso de Mahoma... A mí me gustaría mucho más creer que cuando yo me muera iré a un sitio lleno de huríes y que no tendré problemas de la vivienda ni de las enfermedades. ¿A quién puede no gustarle eso? Esto es como decir: “En la vida real los imbéciles no sufren. ¿A usted no le gustaría ser imbécil?” Claro, qué duda cabe. Si usted me dice que los imbéciles no sufren pues yo encantado de ser imbécil.

El futuro
1:17:40

¿Cómo mi futuro? Yo veo con serenidad que ya no tengo futuro. Entiendo que mi futuro es esto desde hace unos ocho o diez años. Y es que ahorrar es inútil, hacer una buena carrera es inútil, conseguir comprarse una finca enorme es inútil. Todo depende de lo que decidan los altos poderes en un determinado momento. En el momento en que decidieron que el dinero de la zona roja no servía, todos los que habían ahorrado se quedaron absolutamente pobres. El dinero que tenían no valía para nada. Mi madre, que tenía un piso para toda la vida, y que su mayor alegría era haber tenido un piso, le dijeron que aquel piso no era suyo porque según la ley que acababan de hacer, cuando el dueño de la finca entera tenía una hija que se casaba, o un sacerdote que solicitaba piso o un policía que solicitaba piso, había que echar al vecino que viviese más solo. Entonces, mi madre, sobre la angustia de haberse quedado sola porque su hijo se había casado y se había ido a otro sitio, tuvo la angustia de perder el piso. Con esto yo quiero dar una lección a todos los que creen que el futuro está en sus manos y no en las manos de los que se han apoderado del futuro de todos nosotros.

[Otras películas españolas](#)